

Poemas navarros

José Miguel IMAS GARCÍA
jmimasgarcia@gmail.com

A SAN SATURNINO

Corría el siglo tercero
cuando de la Galia vino
a la ciudad de Pamplona
el apóstol Saturnino.

Venía desde Toulouse,
para evangelizar,
a las personas paganas,
vecinas de la ciudad.

Con ahínco predicó
a Cristo con gran agrado,
enseñando su doctrina
a nuestros antepasados.

Sus enseñanzas calaron
en la Pamplona romana,
abrazando mucha gente
con valor la fe cristiana.

En el pozo de Mayor
a las gentes bautizó;
entre ellas, a la familia
de Firmus, el senador.

Fermín recibió el bautismo
de manos de Saturnino,
llegando a ser obispo
por Pamplona muy querido.

Saturnino regresó
como obispo a su trono,
muriendo martirizado
arrastrado por un toro.

En Pamplona lo nombraron
Patrono de la ciudad
pues trajo la fe un día
a nuestra localidad.

La Comparsa y la Banda
escoltan tu procesión.
Toda Pamplona te aclama
porque eres su Patrón.



A SAN FRANCISCO DE JAVIER

Nacido en un castillo
y en familia cristiana,
Francisco quería ser
un soldado de gran fama.

Para ser un buen guerrero
y crecer como persona
fue a estudiar a París
y marchó a La Sorbona.

Allí entabló amistad
con Ignacio de Loyola,
quien le enseñó a ver
la vanidad de las cosas.

Su compañero de estudios
le influyó con sus consejos
y nuestro santo paisano
se hizo un buen misionero.

Dejando su noble castillo
Francisco marchó a Oriente
para anunciar a Cristo
y bautizar a sus gentes.

Tras múltiples peripecias,
navegando por el mar,
llegó al sureste de Asia
para allí catequizar.

Su celo por predicar
sin descanso practicó,
aumentando los cristianos
en la India y en Japón.

A las puertas de la China
a Dios su alma entregó.
Francisco descansa en Goa
en donde se le enterró.

Al llegar el mes de marzo
camina toda Navarra
al castillo de Javier
en una gran Javierada.



LA HISTORIA DEL ERMITAÑO DE SAN MARCOS DE LARRAGA

I

Hace cinco siglos hubo un ermitaño en San Marcos, que cuidaba la ermita, mostrando amor al santo.

Vivía lejos del pueblo, de camino hacia Lerín. De su atalaya veía una llanura sin fin.

Durante el año volvía a su casa de Larraga para visitar gustoso la familia más cercana.

Un año en la Navidad se reunió con sus parientes a celebrar Nochebuena en un familiar ambiente.

Al rayar el nuevo día el buen hombre madrugó. Para volver a la ermita su jumento aparejó.

Con orden y parsimonia colocó en el serón verduras, frutas y viandas para su manutención.

En exceso el serón no necesitó llenar puesto que el día de Reyes él pensaba regresar.

Tras despedirse feliz de familiares y amigos, tirando de su borrico reemprendió el camino.

Larraga como una novia de blanco aparecía, un gran espesor de nieve calles y plazas cubría.



II

Como buenamente pudo hasta La Balsa llegó, mas solo a duras penas hacia Lerín prosiguió.

El ermitaño y su rucio avanzaban lentamente. Un viento helador soplabá, nevaba copiosamente.

La ermita de San Marcos, oculta por las celliscas, parecía inalcanzable para el paisano eremita.

En un recodo surgió otro peligro inminente: varios lobos retadores afilaban ya sus dientes.

Los atónitos viajeros se quedaron sorprendidos. El burro intentó la huida pero cayó en sus colmillos.

Tras acabar con el burro, al ermitaño atacaron y, con sus fauces y garras, también lo despedazaron.

El ermitaño no fue al pueblo el día de Reyes. Nadie notó su ausencia, que se debía a su muerte.

Al llegar la primavera, en una pieza encontraron, al derretirse la nieve, las botas del ermitaño.

Todavía hoy en día la pieza conserva el nombre por este desgraciado hecho que le sucedió a un hombre.